

Hoy decimos que estamos en "crisis", cuando por crisis se entiende un tiempo de cambio acelerado. Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que estamos viviendo en tiempos de crisis, de un tipo profundo y radical para los que no sirven muchos planteamientos clásicos.

La contestación adecuada es un profundo cambio de hábitos y respuestas en nuestras relaciones industriales.

¿Por qué hay que aplicar métodos contundentes de gestión en los tiempos actuales? ¿Cuánto tiempo durará la crisis?

He aquí algunos datos que nos ayudarán a clasificar la situación.

Un estudio realizado por la OCDE en los países de su área (24) para el período 1950-1980, ha indicado datos tales como los siguientes.

La población ha pasado de 566 millones a 764 millones (+35%).

Disminución sensible de empleo en la agricultura. Menos del 10% de la población activa se dedica al campo. La tercera parte de la población activa se dedica a la industria, y más de la mitad a servicios.

El calendario laboral anual medio por trabajador se ha reducido un 30% y la mayor parte de los asalariados tiene una semana laboral de 5 días gracias al incremento de la productividad.

Disminución de la actividad laboral de los trabajadores menores de 25 años (por prolongación de estudios) y de los mayores de 60 (por reducción de la edad de jubilación), habiendo aumentado la actividad laboral de las mujeres.

Las prestaciones de tipo social, en términos reales, se han multiplicado por 8 desde 1950 y por 3 desde 1960.

El consumo por habitante se ha multiplicado por 2,5 desde 1950. Nueve de cada diez hogares tienen frigorífico y el 50% televisión. Más de 2/3 partes de las familias poseen un automóvil.

La población ha envejecido, debido al aumento de la esperanza de vida, de forma que la proporción de personas mayo-

res de 65 años, no activas, crece continuamente poniendo en serio peligro los sistemas de pensiones.

Con estos datos es claro que las ideas, actitudes, organizaciones, y métodos de gestión anteriores a 1950 hoy no sirven.

Estas ideas fueron útiles para conseguir todo lo logrado, para equipar de frigoríficos a las familias europeas, para asegurar las vacaciones de los trabajadores, para abaratar en términos reales los alimentos, etc.

¿Pero qué hacemos ahora con las fábricas de frigoríficos cuando es claro que el mercado está saturado y sólo adquiere los aparatos que demanda la reposición y el crecimiento vegetativo?

¿Que hacemos con las industrias intensivas de mano de obra, cuando nos han educado a vivir en la civilización del ocio, y la hora de trabajo cuesta quizás de 10 a 20 veces más que en la Europa del Este, Sudeste Asiático, Corea o la India? El aumento de productividad en algunos sectores ha sido tal que un elevado porcentaje de la población laboral se ha quedado sin trabajo.

Podemos decir amargamente que la productividad ha aumentado demasiado deprisa, más rápidamente que la capacidad de adaptación de la sociedad. Los hábitos sociales y el sistema de valores que acompaña a cada generación, cambian muy lentamente, más despacio que las tecnologías, dando lugar a desajustes muy dolorosos.

Hoy en día la mayor parte de los países industrializados tienen ideas, métodos, organización e industrias que NO NECESITAN. Tenemos medios y técnicas para resolver los problemas de antaño, pero tenemos las manos vacías para resolver los retos del 2000.

Estos desajustes entre el desarrollo tecnológico y el desarrollo cultural han dado lugar al PARO, esa lacra social que por vez primera en nuestro limitado hori-